

## EL SACRIFICIO

**P**ASABAN los días lentos, iguales, monótonos, impregnados de la melancolía del otoño.

No teniendo otras ocupaciones, Sebastián se encargó de apilar la provisión de leña que traían los colonos del campo. Hacíase Sebastián respetar de éstos, que lo servían á gusto.

Cuando no tenía nada que hacer en el campo, abrumábale la pereza. Pasaba las horas tendido sobre el lecho, mientras la niebla, fuera, tendíase como un velo abrumador, corriendo sobre las cosas un silencio de muerte.

Sebastián sentíase triste; ansiaba dormir, sumirse también en el silencio melancólico del otoño agonizante. Cualquier cosa lo irritaba.

Ana lo observaba, espiando todas sus palabras y gestos; pero él, desde aquel día, evitaba mirarla, hablándole á la vez con indiferencia. Parecía no acordarse de nada y

Ana cavilaba: «me he engañado». Volvió á tranquilizarse, porque la idea del amor de Sebastián la había conturbado, haciéndola sufrir. La sola sospecha de que habría de casarse con Sebastián la aterraba, pues no era el hombre ideal con que soñara. Sebastián era bueno, fuerte, humilde y hermoso; mas, no llenaba los deseos de la prima. ¡No, imposible! Él no podía ver la vida como ella la veía, no comprendía el amor á su modo; en fin, Sebastián no era él, no era Jenaro Rosa.

Era imposible la unión de los dos primos.

Ana podía sentir afecto, piedad por Sebastián; nunca amor. Y cuando pensaba:

—Si habla, me obligarán á casarme y si me resisto me tratarán mal...—sufría mucho.

No se daba cuenta Ana de que la indiferencia del primo era el disimulo de su pasión. Y mientras ella olvidaba sus celos, Sebastián sufría pensando en ella. Arrepentíase de todo su pasado, provechoso y humilde, y deseaba ser como Jenaro Rosa, á quien despreciaba con alma entera.

Una tarde, por Diciembre, Ana salió al patio para cerrar el portón. Al volver, pasando junto á la ventana de la bodega, oyó la voz de Jenaro Rosa que hablaba con Sebastián.

Ana se acercó, cautelosa, á la ventana, que estaba cerrada, pero por el montante salía afuera un golpe de luz y las voces claras de los que conversaban.

Sin duda Sebastián no sospechaba un



espionaje. A aquella hora, Cesáreo, andaba en la calle, la madre y el papá estaban acostados, así como los pequeños, y las niñas, junto al fuego, leían ó trabajaban. Por esta misma razón había salido Ana al patio para mirar si el portón estaba bien cerrado.

Sebastián hablaba en voz baja. Las primeras palabras que Ana escuchó fueron éstas:

—¡Eres un villano! Los hombres honrados no se comportan como tú te has comportado.

Ana empalideció, y temblaba, creyendo que ante el insulto Jenaro Rosa agrediera á Sebastián.

Comprendió al instante que se trataba de ella.

En vez de indignarse, Jenaro se echó á reír como si el agravio hubiese sido una lisonja. Sólo dijo:

—¡Qué cándido eres! El amor te ciega.

Ana percibió los pasos de los dos jóvenes andando de un lado á otro de la bodega.

A pesar de que, por estas vueltas y revueltas de los paseantes, Ana no oía algunas de sus palabras, comprendió, sin embargo, que Jenaro se expresaba en tono adulator, casi suplicante y que Sebastián hablaba con acento duro y agresivo.

—Tienes razón—añadió Jenaro—pero no es mía la culpa.

—Sí;—replicaba Sebastián—es una vileza lo que has hecho y atrévete á desmentirme...

—No has comprendido...

—Sí; de sobra. El código debiera castigar estos delitos...

—¡Diantre! exclamó Jenaro riendo.

—¡Eh!, ¡no reirse! No es cosa de tomarlo á broma.

—¿Entonces?

—Todo es inútil. Tú no pedirás á Catalina, porque esa, mientras yo viva, no será tu mujer.

—Pero, sé razonable, Sebastián. Tu prima...

—Mi prima—dijo con viveza Sebastián—es la mejor entre todas las muchachas...

—Comprendo que estés enamorado.

—No te importa. Ella no te buscó, sino tú...

—Bien; lo que quieras. Pero ¿qué culpa tengo yo, si no la amo, y la que me gusta es Catalina y deseo desposarla? Ponte en razón, Sebastián. Yo te aseguro que Ana no piensa en mí y que se alegrará de que me case con Catalina.

—¡Es inútil, inútil! Tú no entrarás en mi casa, mientras viva yo. Seremos amigos, pero el matrimonio con mi hermana es imposible...

—Pues yo te aseguro que se hará...

—¡Nunca!

—¿Y si Catalina me quiere?

—No; no puede quererte. Y si por desgracia fuese cierto, buscaré el medio de que te olvide.

—¿Y si ella no quiere ni puede olvidarme? Si en tu casa todos, incluso tu prima, desean nuestra felicidad ¿qué puedes hacer tú?



—No te ilusiones. Tú eres abogado y entiendes de leyes, pero desconoces las leyes que gobiernan la casa de Valena. Bastará una sola palabra mía para que mi padre te cierre la puerta.

Ante estas palabras, á los ojos de Ana se agolparon las lágrimas. Comprendía que su primo iba á revelar el secreto y parecióle que Jenaro, silencioso, respondería altivo. Iba á surgir el escándalo. Pero Jenaro dijo tranquilamente:

—Soy abogado y conozco las leyes. Esperaré á que Catalina sea mayor de edad, ya que tú nos haces desgraciados...

—Yo no hago nada, repuso fríamente Sebastián. Sólo te digo que harás bien en no pedir á Catalina. Has estado cuerdo hablando antes conmigo, pues así te has evitado un desaire. De aquí á que Catalina sea mayor de edad ya la habrás olvidado mil veces.

—¡No lo creas! Éste es mi último y verdadero amor. Ó ella ó ninguna. Cree que nadie la ha de querer como yo la quiero. Pero, ¡tú siempre me has odiado, Sebastián!

—Yo no odio á nadie...

—Sólo á mí. Nunca te he hecho daño, sobre todo á conciencia. Y tú ahora comes una injusticia retardando la dicha de tu hermana. Tarde ó temprano, te aseguro que Catalina será mi mujer.

—¡No lo creas!

—Estoy seguro. No quiero ahora escándalos. Estimo mucho á tu familia...

—¡Lo creo! interrumpió Sebastián con ironía.

Jenaro continuó esforzándose en convenecer á Sebastián.

—¡Basta! ¡Es inútil! No nos entendemos nunca. No hablemos más del asunto. Busca otra novia. Bebe.

—Gracias; no bebo... ¿Hablares mañana?

—¿Para qué? Es inútil. Siempre te diré lo mismo.

—¿Siempre? Lo veremos. ¿Sales conmigo?

—Bueno.

Salieron juntos. Ana sintió que Sebastián cerraba la puerta, y escuchó luego los pasos de los dos jóvenes que se alejaban á lo largo de la calle. Sentándose junto á la ventana volvió al cielo el rostro pálido y angustiado.

La noche era de sosiego, silenciosa. Tañó á lo lejos una campana anunciando para el siguiente día una misa de difuntos.

Ana pensó en la muerte; pensó que todo acababa. Todos morirían poco á poco; ella, Sebastián, Catalina, y también él. Morirían cuantos habitaban la casa, incluso Maometo, los caballos, los bueyes, las gallinas, todos, todos. Dentro de cien años otros habitantes vivirían la casa sin acordarse de los antiguos habitantes que habían llorado y reído entre aquellas paredes, en aquel patio...

Todas las cosas permanecerían en su lugar; los muros, los árboles, el portón, la ventana. El cielo no cambiaría—aquella luna pálida contemplaría otras cosas y otras más—y los vivos ahora reposarían en una paz



eterna, desconocida y solemne como aquel cielo silencioso y profundo. ¿Por qué los seres no estaban de acuerdo, creando tantos sufrimientos, sabiendo que toda cosa acaba? ¿Por qué Sebastián no quería que Jenaro desposara á Catalina? ¡Por ella! ¿Por qué ella sufría, por qué ella amaba á Jenaro, por qué se sentía morir de angustia? ¿Y qué era ella ante la eternidad de aquel cielo y la eternidad de las cosas? No debía oponerse á la felicidad de otros.

No le impedían estas cavilaciones llorar amargamente su desventura con llanto sin lágrimas, sin gemidos y sin sollozos. El sentido de la realidad la atormentaba, pero sin arrancarle un grito de desesperación. Ahora veía Ana su destino bien trazado. Entró en casa procurando no ser vista y se marchó en silencio á su alcoba. Caviló largamente, en el lecho, con discurrir atormentado y agudo. Tenía frío, y con los ojos cerrados, pesábanle los párpados como si fueran de plomo. La voz de Catalina, que entraba de puntillas con una luz en la mano, le hizo abrir los ojos.

—¿Duermes? Creí que leías.

—Dame un poco de agua, dijo Ana incorporándose un poco. ¿Y Lucía?

—Vendrá pronto. ¿Qué tienes, Ana? preguntó Catalina trayéndole un vaso de agua.

—Tengo sed.

Bebió un largo sorbo de agua, y de nuevo interrogó:

—¿No viene Lucía aún?

—Te he dicho que vendrá pronto, contestó molesta Catalina. ¿Tienes fiebre?

—No; estoy resfriada.

Descansó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos para no ver á Catalina.

\*  
\*  
\*

A pesar de los síntomas febriles de aquella primera noche, Ana no cayó enferma. Quien pareció enfermarse, en los días siguientes, fué Catalina. Se puso pálida y sus ojos espléndidos acusaron calentura ó llanto en secreto.

—¿Qué tienes? le preguntaba Ana.

Con voz ronca, Catalina respondía:

—Estoy resfriada.

Un día empeoró.

—¿Llamamos al médico? dijo María Fara intranquila.

—¡No quiero; dejadme descansar! contestó Catalina sin lugar á réplica.

Uno por uno los hermanos entraron á verla. A la postre Catalina rompió á llorar, diciendo:

—Pero ¿no me dejáis en paz? Me duele la cabeza.

Lucía le puso la mano en la frente.

—Tienes fresca la frente. ¿Te duele mucho? ¿quieres algo?

—No quiero nada. ¡Que me dejen! ¡No quiero ver á nadie!

Más tarde dijo á Ana que la acompañaba:

—¡Quiero morir! Estoy cansada de la vida.

—¡Ya! exclamó la prima sonriendo dulcemente. Y pensó: mañana estarás curada.



Miró en silencio los cristales que reflejaban la gran paz de un crepúsculo triste y añadió:

—Pasado mañana es Navidad. El Niño Jesús te sanará.

—Quiero morir... quiero...—sollozó Catalina cerrando los ojos—la vida es estúpida y todos me odian.

—¿Por qué te odian? replicó Ana, atenta á espiar, á través de los cristales, el avance de la oscuridad para intentar el golpe teatral que curaría á Catalina.

—¿Por qué te odian? repitió. Andas siempre á vueltas con ideas extrañas, Catalina. ¿Sin duda porque Sebastián ha dicho que no á... Jenaro Rosa? No quiere decir esto...

—¿Qué sabes tú? gritó Catalina, saltando en el lecho, casi con espanto.

—¡Lo sé todo! Lo sé antes que tú. Nunca has tenido confianza en mí.

Y añadió con dulce regaño:

—Sin embargo, nadie te quiere más que yo. Pero, ¿qué tienes?

Catalina lloraba. No se rebeló, no negó. Estaba enamorada de Jenaro Rosa y él también la quería con locura. Escribíanse. Catalina, buena hija, le había dicho:

—Habla á mi papá, pues de lo contrario no puedo aceptar relaciones.

Y Jenaro había hablado á Sebastián en primer término.

—Sebastián ha dicho que no—agregó la muchacha—que de ningún modo. ¿Por qué? No lo sé. Lo odia, y odiándolo á él, me odia á mí. ¿Por qué si no, lo rechaza?

—¡No lo sé!

—Me ha escrito que espera á mi mayoría de edad. Dice que no quiere provocar disgustos en casa porque nos estima mucho. Y Sebastián es capaz de todo.

—¡Lo teme! pensó para sus adentros Ana con desprecio, recordando la prudencia del abogado Rosa.

—¡Mas, yo... yo! gritó Catalina.

—¿Qué piensas tú?

—¡Nada! Me muero... quiero morir. Me tiraré al pozo...

—¡Qué tragedia! contestó Ana riendo. Si me hubieses hablado á tiempo, no estarías enferma...

—¡Ya lo sabes! ¿Cómo te has enterado? Dímelo al instante...

—¿Qué te importa? Me lo ha dicho un pajarito. Yo lo arreglaré todo.

—¿Tú lo arreglarás todo? ¿Cómo?

—Ya verás.

Continuaron hablando en voz baja. Catalina, poco á poco, se incorporó por completo en el lecho. Ya no se acordaba de la enfermedad; de vez en cuando, en la oscuridad de la estancia, sonaba, como un gorreo de pájaro, su risa fresca y regocijada.

Las dos primas marcharon juntas á cenar. Nel y Antonino riéronse largamente de la enfermedad de Catalina tan presto curada, pero Sebastián miró recelosamente á Ana, pálida y trémula de frío.

Después de la cena Sebastián cogió su capote de abrigo y salió á la calle. Olvidóse de llevar la llave.



—Lo aguardaré yo—dijo Ana arrimando el brasero á la mesa, sentándose junto á él para entretenerse leyendo.

Nadie se marchaba á dormir. Antonino estudiaba en voz alta sus lecciones de latín y Nel hacía sombras chinescas en la pared.

Todavía en los ojos de Catalina se vislumbraba un resto de tristeza. Ana leía los *Cuentos rusos* de Tourgueneff.

Ambas eran devotas de las lecturas; pero, mientras que en Catalina las novelas y los versos servían para exaltar su imaginación viva, en Ana eran nada más que un elemento de estudio educativo. Ella buscaba en los libros el sentido moral; entusiasmábase con los seres buenos, con las damas virtuosas, por los sacrificios.

Cuando quedó sola al amor de la lumbre aquella noche, no encontró una honda impresión leyendo las páginas ingeniosas de Tourgueneff. La propia realidad de su vida la preocupaba más fuertemente. Lo que había hecho y lo que deseaba hacer superaba á los sucesos vulgares. Podía realizarlo una heroína de novela, pero para una criatura frágil de carne y sangre, era demasiado. Ana sentía una tremenda angustia, pero resignábase.

Con la cabeza apoyada sobre el libro abierto y las manos al rescoldo de la lumbre, sentíase invadida de sobresaltos continuos. Todo era silencio en la casa; los ruidos del viento morían cerca con infinita tristeza.

Muy tarde regresó Sebastián.

—¿Por qué me has esperado? le preguntó quitándose el abrigo.

—Quiero hablarte, murmuró Ana, inclinada sobre el brasero, cubriendo las ascuas con la ceniza. Había enrojecido; ya no temblaba, pero hubiese querido hablar á oscuras.

—¿Te ha dicho algo Catalina?

—Sí, me ha contado...

—¿Qué? gritó irritado. La idea de que su hermana estuviese en amores con Jenaro despertaba sus cóleras.

—Habla.

Ana le dijo con sencillez:

—No; no me ha dicho nada, pero me ha dejado comprender que sabe lo que te confesé el otro día. Temo...

—¿Qué temes? ¿Acaso te ha dicho que lo sabe por mí?

Los ojos de Sebastián relampaguearon.

—No me lo ha dicho; pero ¿cómo pudo averiguarlo? Tú me has dado palabra de honor de no decir á nadie nada.

Lo miró, y él no replicó nada al pronto, turbado. Después dijo:

—Lo he jurado y si lo exiges renuevo la promesa.

—Lo quiero.

—Dame tu mano, Ana, y haga Dios que muera sin ver á mi padre, si yo revelo á alguien el secreto que me has confiado.

Y estrechó la mano de la prima.

—¡Lo veremos!

—¡Lo verás!

Ana añadió luego:



—Ahora estoy segura de tí; perdóname si he dudado.

Sebastián comprendió que su porvenir dependía de la promesa hecha y á sí mismo juró mantenerla.

Un momento pensó contar á Ana su entrevista con Jenaro, pero recapacitó:

—¿A qué turbarla? Que no sepa nada.

Después de breve intervalo dijo, poniéndose otra vez el abrigo:

—Vuelvo á salir. Llevaré la llave. ¿Ha regresado Cesáreo?

—No; se llevó la llave.

Cuando llegó á la puerta, Sebastián se volvió:

—¿Nada más tienes que decirme?

—Nada, repuso ella con el libro en una mano y en la otra la luz dirigiéndose á la escalera.

Sebastián salió; huía ante el temor de no poder contenerse y declararse á Ana diciéndole:

—Fíjate en que por tí comprometo la suerte de mi hermana más querida..., por tí... por evitarte una pena, por castigar á quien te ha hecho sufrir...

Cuando estuvo en la calle, Sebastián sonrió de un modo desesperado.

—¿Es posible que siempre deba yo sufrir? ¿Qué tiene esta muchacha que tan dolorosamente me encanta? Si hubiese sido otra la que dudó de mi palabra, la hubiese injuriado, insultado, y en cambio á ella la he complacido dándole toda clase de explicaciones. ¿Seré un imbécil?

Mientras él se hacía esta singular pre-

gunta, Ana que había entrado en el despacho escribía una carta á Jenaro Rosa, carta que escondió entre las páginas de los *Cuentos rusos*. Debía ser una de esas cartas que representan un enorme sacrificio porque Ana, al salir de puntillas, lloraba con ardientes lágrimas, como jamás había llorado.